La Tribuna
CADERNOS DE ESTUDOS DA CASA MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN

Dos versiones de "La cigarrera", texto olvidado de Emilia Pardo Bazán

SANTIAGO DÍAZ LAGE
(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

En el fondo Emilia Pardo Bazán de la Real Academia Galega se conserva el manuscrito autógrafo de una versión temprana del artículo "La cigarrera", que aparecería, muy revisado, en la colección costumbrista *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, editada por Faustina Sáez de Melgar y publicada en Barcelona en los primeros años de la década de 1880 (Sáez de Melgar, ed. [1882]): si la portada y las primeras ilustraciones están firmadas por Eusebio Planas en 1881, a partir de la lámina que acompaña a "La solterona", de María del Pilar Contreras y Alba (pp. 360-375), casi todas llevan fecha de 1882. En el mismo volumen, profusamente ilustrado, se publicó por primera vez "La gallega", artículo del que también se conserva un autógrafo temprano en el archivo de la Real Academia Galega, y que está emparentado en varios sentidos con el que aquí nos ocupará. La fortuna posterior de cada uno de esos textos no podría haber sido más diferente: "La gallega" fue incluido en *La dama joven* (1885), aquel «tomito en que pienso recoger los cuentos que andan dispersos» de que le hablaba a Narcís Oller en un carta datada en A Coruña el 25 de abril de 1884 (Mayoral 1989: 402); y en cambio "La cigarrera" se quedó olvidada en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* hasta que Ricardo Polín la reeditó en su antología bilingüe *A muller tradicional* (Polín, ed. 1996: 40-46). Seguramente fue por su afinidad temática y estética con *La Tribuna*, que desarrolla, elabora y refina cuanto de interesante pudiera tener el artículo, por lo que "La cigarrera" nunca entró en ninguno de los libros de la autora ni en la colección de sus obras completas; de hecho, tampoco figura ni en los minuciosos índices preparados por Nelly Clemessy y publicados en *Les contes d'Emilia Pardo Bazán (Essai de Classification)* (Clemessy 1972), ni en la colección de sus cuentos editada por Juan Paredes Núñez (Pardo Bazán 1990).

A mi entender, tanto "La gallega" como "La cigarrera" son tentativas de una joven aspirante a escritora profesional que, por ir haciéndose un nombre, acepta encargos y propuestas de colaboraciones en obras colectivas, a pesar de las imposiciones que pudiesen implicar; y ambos parecen anteriores en varios años a la publicación de *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas*

pintadas por ellas mismas. Si bien ninguno de los testimonios va datado, la letra, los usos de escritura y corrección son muy similares en los dos manuscritos, y se aproximan más a los de los *Apuntes de un viaje: de España a Ginebra*, "La epopeya cristiana: Dante y Milton" y otros textos de la década de 1870, que a los manuscritos de principios de la década siguiente. Además, esos usos de escritura y corrección parecen ser los de una escritora mucho menos prolífica y menos profesional de lo que empezaba a serlo Emilia Pardo Bazán en torno a 1881 o 1882. Y es que, pese al poco tiempo transcurrido, entre pongamos 1878 y 1881 habían pasado muchas cosas en su carrera literaria pública: ya había publicado mucho en «la discreta penumbra de las revistas regionales», como diría en los *Apuntes autobiográficos* (Pardo Bazán 1999 [1886]: 31); ya había participado en varios almanaques, cauce de difusión casi inevitable para una mujer que escribía en una zona periférica; había llegado a directora de una revista que aglutinaba a un grupo significativo de colaboradores y, al contrario que muchas escritoras de la generación anterior, en 1879 había publicado en libro su primera novela, *Pascual López: Autobiografía de un estudiante de medicina*, con cierto éxito de crítica.

Tales logros, nada desdeñables, en la época, para una escritora de apenas treinta años, debieron de brindarle algunas oportunidades y encargos, pero seguro que también le trajeron algunas obligaciones, sea con las relaciones heredadas de su familia, sea con los nuevos contactos establecidos en estos primeros años. Varios documentos conservados en el archivo de la Real Academia Galega, que podrían datarse en torno a 1879, muestran que Pardo Bazán ya se preocupaba entonces de atender a sus compromisos, y hasta se adelantaba a ellos preparando «planes y bosquejos de cuentos para el primer compromiso que tenga de un trabajo literario corto» y previendo, ya con vistas al libro, que «servirán para un tomo de leyendas» ambientadas en los siglos XIII y XIX (*cfr.* la descripción y transcripción de Freire López). Aunque no figuran entre esos bosquejos ni, que yo sepa, en ningún documento similar del mismo archivo, parece probable que "La Cigarrera" y "La Gallega" fuesen escritos por encargo o con ocasión de algún proyecto editorial compartido con más escritores. De hecho, son textos de un carácter costumbrista mucho más convencional y definido que los demás cuentos y artículos tempranos de la autora, y creo que un análisis del manuscrito de "La cigarrera" y de sus diferencias con la versión impresa de 1882 puede dar algunas pistas sobre su historia.

Como indiqué más arriba, la versión manuscrita parece representar un estadio de redacción muy anterior a la versión impresa; incluso cabe

añadir que no responden necesariamente a la misma intencionalidad ni a la misma perspectiva sobre el tipo costumbrista en cuestión: la distancia que las separa puede quedar clara si comparamos el título del volumen editado por Sáez de Melgar, *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, con el que Jesús Muruais había querido darle, a mediados de la década de 1870, a la colección costumbrista que proyectaba con otros escritores gallegos afincados en Madrid, *Los gallegos pintados por sí mismos* (Durán 2004: 114-116). Este libro, que pretendía aprovechar el éxito de *Los españoles pintados por sí mismos*, nunca llegó a realizarse por discrepancias entre los escritores que debían participar en él, especialmente entre Jesús y Andrés Muruais; pero no es imposible que llegasen a escribirse algunos de los textos destinados a formar parte de él, o que aspiraban a ello: de aquel proyecto derivan algunos de los cuadros que Jesús Muruais recogería en sus *Tipos de Galicia*, coleccionados en 1887 para *El Correo Gallego* de Ferrol, y quizás también los dos artículos de Pardo Bazán que al final aparecieron, gracias a los contactos de la autora en las dos capitales editoriales del Estado, en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*. Es de notar que, de los sesenta y dos textos que recoge el libro editado por Sáez de Melgar, sólo veintisiete llevan lámina propia, y Pardo Bazán es una de las pocas autoras cuyos textos (dos) van acompañados de sendas ilustraciones, acaso para darle algo de relieve a su participación en la empresa. Porque en el libro aparecen al menos dos textos de asunto bastante próximo a los de nuestra autora, y ninguno de ellos lleva lámina: uno es el cuadro titulado "La pontevedresa" (pp. 289-306), firmado por Angela R. de B. y B. [*sic*], y el otro es una de las cuatro secciones de los "Tipos al natural" de Prudencia Zapatero de Angulo (pp. 436-455), que retrata a «la pitillera sevillana» (por cierto que, entre los rasgos de este tipo costumbrista, la autora cuenta los nombres que suelen llevar «las mujeres del pueblo que se dedican a tal oficio», y destaca el de Amparo, que será el de la protagonista de *La Tribuna*).

Creo que, pese a su escaso mérito literario, el manuscrito de "La cigarrera" ilustra bien el oficio de una aprendiz de escritora profesional, que busca formas y cauces de legitimidad al margen del estereotipo entonces consagrado de las *literatas* (*cfr.* Bieder 1992, 1993 y 1995; y Scanlon) y, sin embargo, acaba participando en una colección ilustrada que reúne a muchas de las escritoras de las que parecía querer distanciarse en primer lugar. Aunque es difícil hacer conjeturas sobre esta clase de asuntos, seguramente la joven Pardo Bazán, que desde mediados de la década de 1870 estaba en contacto con la tertulia madrileña de los dos Muruais, Luis Taboada y Arturo Vázquez Núñez, hubiera

preferido colaborar en un libro escrito con periodistas bastante destacados en Madrid, a participar en un volumen costumbrista que la mantenía dentro del molde y los cauces de actividad de las *literatas*, de los que siempre quiso distinguirse lo más posible. Puede pensarse que, en su búsqueda de legitimidad dentro del campo literario de su tiempo, la importancia de participar en un libro de estas características era más bien secundaria; y el hecho de que en los epistolarios más conocidos de aquellos años no haga mayor referencia a estos dos textos podría indicar que, al publicarlos, sólo pretendía aprovechar esfuerzos pasados, quizás con la intención de cumplir algún compromiso o de apoyar un proyecto que le parecía interesante. Lo que parece claro, en todo caso, es que entre la versión autógrafa que aquí presento y la versión impresa medió un completo y seguramente dilatado proceso de revisión y corrección del texto, acaso no ajeno a la posterior concepción y redacción de *La Tribuna*.

El manuscrito de "La cigarrera" parece más un documento de trabajo que un original destinado a la imprenta. En la transcripción se aprecia claramente que a menudo ofrece, escritas por encima de las líneas, soluciones sintácticas y formulaciones alternativas a las de la lectura seguida, como si el texto todavía estuviese sujeto a revisiones sustanciales o debiese ser sometido al criterio de algún/a lector/a próximo/a antes de darlo por terminado. Creo que, antes incluso de cotejarlos con la versión impresa, esta clase de recursos, verdaderos rastros del proceso de producción de texto de una escritora todavía muy poco prolífica, dan una idea bastante clara de en qué cifraba la especificidad de sus actividades literarias la joven Emilia Pardo Bazán.

El manuscrito

El manuscrito de "La cigarrera" consta de doce tiras de papel pautado, de 33 centímetros de largo por 11 de ancho, escritas en letra clara y esmerada, como es habitual en la obra de juventud de nuestra autora; el texto está completo y, excepto por un par de rotos en los bordes del folio sexto, puede leerse perfectamente. Aunque el manuscrito es limpio y presenta pocos errores, al menos tres rasgos indican que se trata de un borrador de trabajo sin visos de publicación inmediata, y probablemente copiado, al menos en algunos pasajes, de una versión anterior: los tachones son bastante numerosos, es frecuente que se omitan palabras y luego se intercalen con una cuña, y en algunos casos, como queda anotado, se plantean dos expresiones alternativas para una misma idea sin optar por ninguna de ellas.

Los tachones suelen responder a pequeños reajustes del orden sintáctico o, menos a menudo, de la argumentación general, como ocurre con la enumeración del f.1: en principio eran dos sus elementos, «el café, el tabaco», pero luego se introduce un tercero, el alcohol; tras corregir el primer enunciado escribiendo «tres» por encima de «dos» y mantener la enmienda unas líneas más abajo, en la enumeración que cierra el párrafo se lee primero «el café, el tabaco», y después «el tabaco» pasa al último lugar de la gradación. La ausencia de conjunciones impide saber a ciencia cierta si las correcciones se deben tan sólo a la introducción del tercer miembro o también a la voluntad de adecuar la enumeración al orden retórico situando el asunto del artículo en último lugar; esta clase de dificultades persisten en distintos contextos a lo largo de todo el manuscrito, según se comprueba en la confusa sustitución de «el picado» por «envase» y de éste por «la elaboración del picado» (f. 4), y en las numerosas palabras que van escritas por encima de otras, incompletas y a menudo ilegibles, como «el mar» sobre «las in» (f. 3), «el» sobre «su» (*ibid.*) u «hoja» sobre «tabaco» (f. 5). Como puede comprobarse en la transcripción y en el aparato crítico, acaso sea en los pasajes del manuscrito que describen el proceso de fabricación de los cigarros donde menos correcciones encontramos; y cuando las hay, subsanan problemas que parecen derivados, según los casos, o bien de errores de copia, o bien de una redacción precipitada. De hecho, podría pensarse que estos fragmentos reproducen, más o menos enmendadas, más o menos elaboradas, unas hipotéticas notas u observaciones tomadas directamente en las visitas a la fábrica de tabacos, que también podrían haber servido después para la redacción de *La Tribuna*.

Junto a estas correcciones, encontramos otras que afectan ya a secuencias textuales más largas, y que tienen mayores consecuencias en la disposición de los argumentos de Pardo Bazán: por ejemplo, antes de las correcciones el manuscrito comenzaba con la nota costumbrista de que «hay industrias que imprimen carácter al individuo que las ejerce», luego sustituidas por una justificación vagamente moralizante, «¿qué sería de la humanidad si no tuviese ciertos inofensivos vicios?», que, suprimida en la versión impresa, deja paso a la constatación de una supuesta evidencia empírica: «los vicios predilectos de nuestra época se distinguen de los de otras por un carácter que pudiéramos llamar *cerebral*» (p. 797). Pese a las resonancias de la frase, no procede hablar aquí de determinismo, ni en el sentido naturalista estricto ni en el sentido que adquirirá el término en la práctica crítica y literaria de Pardo Bazán, porque estos comentarios apuntan más hacia una concepción romántica de lo típico y pintoresco que hacia cualquier consideración

fisiológica, médica o higiénica: el énfasis va más en la comparación de «nuestra época» con las «otras» que en las posibles implicaciones del carácter cerebral de los vicios modernos, y no sólo por la dimensión histórica del tipo de la cigarrera, sino también porque la referencia a los excitantes nerviosos o cerebrales no guarda mayor relación con el propósito del artículo. Y es que a menudo, en sus textos juveniles, Pardo Bazán parece deseosa de darle a su discurso una proyección general o universal que demuestre su valía y su cultura y, al mismo tiempo, despierte el interés de sus lectores, como si ninguno de los asuntos que trata se le figurase lo suficientemente importante y digno de atención.

Las palabras intercaladas con cuñas en el manuscrito son en su mayoría adjetivos o adverbios casi siempre ornamentales y a veces redundantes, como en los casos de «mansa» (f. 2), «y perpetua» (f. 2), «recio» (f. 2), «flemáticos» (f. 4), «suavemente» (f. 6), «y lustrosa» (*ibid.*); en otros casos son palabras funcionales necesarias para que el texto tenga sentido gramatical, como «de las» (f. 1), «se» (f. 3) o «para» (f. 4). Pero lo más interesante es que también se introducen *a posteriori*, y se conservarán hasta la versión impresa, varios incisos valorativos que le confieren al discurso un sentido político más moderado, matizado y bienintencionado, a saber, «se las ha visto [...] amenazar rugientes al Gobierno *y no sin razón a veces* porque retrasaba el pago de sus *bien ganados* salarios» (f. 9, las cursivas son mías), y «mal hacen las cigarreras en aspirar á cambios políticos» (f. 12). Al replicar por adelantado a las posibles reservas de sus lectores, esas notas de empatía con las cigarreras funcionan casi como una *occupatio* retórica, y contribuyen a mantener el discurso, bien poco sospechoso de radicalismo, dentro de un cierto decoro ideológico y político. Además de vaticinar ya uno de los subtextos de *La Tribuna*, responden a una realidad histórica contemporánea que sin duda los lectores y lectoras de *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* tendrían presente, y es el avance del asociacionismo obrero más allá del republicanismo federal; el contraste entre la ocasional reclamación legítima y el deseo de transformación social encierra un juicio histórico de lo más preciso: la *posición* de la cigarrera es estable precisamente porque depende de los vicios que anidan en la más íntima naturaleza humana, que, según la autora, dista de estar sujeta a la historia; pero esa estabilidad social es también, en su planteamiento, la principal razón por la que nada debería cambiar.

Si en el manuscrito las opiniones políticas que «fermentan» en la «cabeza de la cigarrera» eran «una multitud de ideas cogidas aquí y allá, comunicadas

eléctricamente de unas á otras, traidas quizá por las maestras —que son más despejadas y suelen tener más pico y labia que las operarias» (ff. 10-11), en la versión impresa son ya «ideas que se transmiten por eléctrico modo en los talleres, en las asociaciones trabajadoras todas» (p. 801). La imagen se repetirá en el capítulo IX de *La Tribuna*, cuando la voz narrativa comente que, durante los eventos de la Revolución de Septiembre, «al comunicar la chispa eléctrica [de la propaganda y del periodismo político], Amparo se electrizaba también» (Pardo Bazán 1999 [1883]: 106). Lo que ocurre es que aquí ya no se trata sólo de caracterizar al tipo pintoresco que es la cigarrera, sino de presentar un episodio significativo en la historia de Amparo, que al ejercer de Tribuna del pueblo, leyéndoles periódicos a sus compañeras en la fábrica y hablando ante ellas, se convierte en «sujeto agente y paciente» (*ibid.*) de sus posiciones políticas.

El último aspecto que me propongo tratar en este estudio del manuscrito son los pasajes en que, como indiqué más arriba, se ofrecen distintas posibilidades estilísticas sin descartar ninguna de ellas: «autor» o «escritor científico reciente» (f. 1), «tela hecha como cañamazo» o «tela vegetal tejida» (f. 3) y «marco de» o «pañuelo de» seda rosa (f. 12). Es cierto que son tan sólo tres puntos en un texto más largo, pero bastan para plantear una pregunta importante: ¿podría ser nuestro manuscrito un original que Pardo Bazán contaba con enviar a la imprenta para publicarlo poco tiempo después? Aunque del análisis se desprende que no, las correcciones son lo suficientemente claras como para que pueda sostenerse lo contrario, e incluso las dobles lecturas que acabo de mencionar podrían interpretarse en este sentido, porque dejan abierta una decisión estilística –evitando así los tachones y los problemas de ellos derivados– hasta el último momento, quizás hasta el momento mismo de entregar el original en la imprenta. Lo que no encaja de ninguna manera en esta lectura es el inciso intercalado en el f.3, «Otras hay viejas—», que parece un apunte de la autora para recordar que falta una parte del asunto, un señuelo para ampliar y quizás mejorar futuras versiones; parece que la autora intentó introducir esa posible reflexión sobre las cigarreras más viejas al final del párrafo, pero un tachón deja constancia de su rendición, o de su incapacidad para ver en ellas la encarnación del tipo pintoresco que le interesa.

Y es que, según revela el texto de Pardo Bazán, pero también el ya mencionado de Prudencia Zapatero de Angulo, la cigarrera es en cierto modo la imagen de un proletariado joven que, como ocurrirá en *La Tribuna*, empieza a definir su forma de vida como clase y su subjetividad política, y la imagen

de una generación de «mujeres del pueblo» jóvenes que encuentran una vida más allá de las paredes del hogar doméstico. La necesidad de describir, explicar y hasta disculpar, según los casos, ese «género de vida exteriorizada», como dice la versión impresa (p. 801), revela las limitaciones ideológicas de las autoras, que contemplan la integración de las «mujeres del pueblo» en el trabajo asalariado como un síntoma de desintegración de la forma de vida tradicional que todavía las marca simbólicamente; el tipo pintoresco de la cigarrera es, precisamente, el nexo entre la forma de vida *hogareña* que pervive en la periferia rural de las ciudades, y las formas de vida obrera que empezaban a tejerse en los núcleos industriales: en el texto que nos ocupa, sus largos recorridos cotidianos para llegar a la fábrica desde su casa y el hecho de que quede entre sus vecinas alguna «caritativa» que pueda cuidar a los hijos de la cigarrera durante el día, por ejemplo, son síntomas simbólicos de una transición histórica. De sus implicaciones puede dar cuenta el cotejo de dos fragmentos: la «solidaridad masculina de los clubs, de los círculos» (f. 11) que une a las cigarreras en el autógrafo se transforma, en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, en «la solidaridad pública de los clubs, de los círculos, de las hermandades obreras» (p. 802); en el manuscrito, tras la bimembración podemos leer, tachado, «y de las h», que acaso anuncie ya el tercer miembro de la redacción de la versión impresa. Y ese elocuente cambio de adjetivo, esos titubeos y ese tachón son, quizás, los mejores indicadores de lo que estaba en juego.

Del manuscrito a la versión impresa

La tendencia dominante en la versión impresa es la reducción estilística y la depuración sintáctica: por ejemplo, la confusa sintaxis de «hay tres cosas que el hombre moderno, el hombre de las ciudades, prefiere, y que le costaria trabajo prescindir de ellas: y todas tres son excitantes directos del cerebro, avivadores de la vida intelectual, verdaderos venenos intelectuales» (f. 1) queda en «mal acertarían nuestros contemporáneos a prescindir de tres excitantes cerebrales directos, de tres verdaderos venenos intelectuales» (p. 797). Tal tendencia al despojamiento se manifiesta en cambios de formulación y enunciación gramatical y en un estilo más trabado y sintético, con menos incisos e interrupciones de la frase y, sobre todo, con una jerarquización de ideas más clara:

> La escitación que los romanos, por ejemplo, gustaban de ejercer sobre la oficina de la nutrición, el estómago, nuestra edad la prefiere sobre la oficina del pensamiento, el cerebro (f. 1).

> Gustaban los romanos, por ejemplo, de excitar la oficina de la nutrición, el estómago; pero el hombre moderno prefiere la excitación que se dirige al cerebro, oficina de la inteligencia (p. 797).

Otras variantes corresponden a cambios en la adjetivación, que, aun dentro de los usos característicos de la joven Pardo Bazán, es menos enfática y más precisa en la versión impresa que en el manuscrito: «curiosos y característicos» (f. 1) se reduce a «curiosos» (p. 797), «detestables» (ff. 3-4) queda en «infames» (p. 798), «humilde peculio» (f. 8) viene a parar en «modesto peculio» (p. 800), «necesidades primeras» se concreta con acierto en «necesidades más apremiantes» (f. 7), y la perífrasis «la operación primera que ha de ejecutarse» (f. 6) se reemplaza por «la operación preliminar» (p. 798). Al mismo tiempo, sin embargo, se mantienen algunas expresiones alambicadas de la versión manuscrita y se amplían hasta la redundancia algunas enumeraciones de adjetivos: «no es la cigarrera la tosca mujer del campo, con sus sentidos entorpecidos, su mansa pasividad, su timidez brutal en ocasiones: es una mujer viva, impresionable, lista como la pólvora, de afinados nervios y rápida comprension» (f. 2) pasa a «no es la cigarrera la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprensión, tímida al par que brutal; es al contrario una criatura impresionable, lista como la pólvora, de afinados nervios y rápidas impresiones» (p. 798); y la «aguda y lustrosa punta» del manuscrito (f. 6) resulta en «una punta fina, torneada, aguda y lustrosa» (p. 799).

El tono menos enfático de la versión impresa puede apreciarse también en la supresión de algunas exclamaciones que en el manuscrito afirmaban la empatía casi patética de la voz de la autora con la figura de la cigarrera, como «Oh!, y» en el folio 1 y «Bah!» en el folio 12 línea 4; pero conviene tener en cuenta que en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas*… no sólo se conservan la exclamación «Cuán contados son los oficios a los que puede dedicarse!» (p. 798) y la fórmula "y vive Dios" (p. 799), sino que incluso se añade, casi en estilo indirecto libre, la exclamación «¡vaya!» (p. 801). En algunos casos esta fluctuación tiene que ver con la técnica de representación de voces en el texto de "La cigarrera", porque los recursos de énfasis corresponden o bien a momentos de especial empatía de la voz autorial hacia la mujer trabajadora, o bien a momentos en los que *casi* habla esta última: tanto el «bah!» del manuscrito como el «¡vaya!» del impreso representan, en estilo indirecto libre, la voz que, según nuestra autora, le es propia. Es de notar que también Prudencia Zapatero de Angulo, en la sección correspondiente de sus "Tipos al natural", imita y describe con cierto detenimiento la particular

forma de hablar de la cigarrera: si es «libre, viva, suelta de lengua y pronta de manos» o «de suelta lengua, viva imaginación o genio tempestuoso», como dice Pardo Bazán en el manuscrito y en la versión impresa respectivamente, es a causa de su vida exteriorizada y de su experiencia cotidiana en la fábrica. Acaso no sea casual que a ambas autoras les llame tanto la atención la rapidez de palabra de las cigarreras, que contrasta con los usos que le atribuyen a «la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprension, tímida al par que brutal» (p. 798); la vida fuera del hogar doméstico permitía formas de sociabilidad nuevas, e implicaba la producción colectiva de una discursividad particular. Aunque su representación de lo que considera *idiolecto colectivo* de las cigarreras es de lo más convencional, los textos de Pardo Bazán dejan constancia de su extrañamiento ante una forma ajena de decir el mundo, que no se corresponde con el concepto de conversación propio de la vida burguesa, basado en la separación de lo público y lo privado, pero tampoco con su imagen de las formas de hablar de «las otras mujeres del pueblo». El paso de la «solidaridad masculina» del manuscrito a la «solidaridad pública» de la versión impresa cobra así toda su problemática significación histórica.

Tal vez por eso, donde el autógrafo leía «como ellas dicen, se lo sacan de la boca gustosas para darlo al necesitado» (f. 10 líneas 1-3), el impreso lee «dicen ellas que gustosas se lo sacan de la boca por darlo a otro más pobre». En la primera formulación, el nexo *como* hace coincidir la voz de las cigarreras con la voz autorial, y la fórmula *al necesitado*, muy marcada en la ideología de la caridad decimonónica, reduce la distancia entre ellas: igual que la voz de la autora ve a las cigarreras como *necesitadas*, estas pueden considerar que *el necesitado* es otro. En la segunda formulación, en cambio, las dos voces quedan completamente separadas, y es la de la autora la que reconoce dos o más estratos de *pobres*, que no tienen presencia textual propia y, por tanto, quedan convertidos en *voces subalternas* (Voloshinov 1992 [1929]: pp. 31-50, 95-117 y 149-209). La empatía de la voz autorial con la cigarrera, vista como *tipo popular* abstracto y no como figura literaria de un sujeto histórico, depende precisamente de que se afirme esta distancia ideológica y social que separa a la escritora de su objeto de observación, al científico de sus muestras.

En este mismo sentido apuntan otros pasajes destinados a borrar del discurso la mediación narratorial, aunque los recursos elegidos para ello pueden ser bastante obvios; por ejemplo, en el paso del manuscrito al impreso se suprimen dos comentarios que presentan a la autora como guía y mentora, si es que no anfitriona de sus lectores en la visita a la fábrica

de tabacos, reformulándolos en términos de vagas resonancias científicas: «*seguidla sinó conmigo á la fábrica en que cumple su ministerio*, y *os persuadireis* de que de un método de vida tan especial tiene que resultar una mujer especial tambien» (f. 2, la cursiva es mía) se enmienda en «*observadla en la fábrica*, y *comprendereis* que de un método de vida tan especial ha de resultar una mujer diversa en cierto modo de las restantes» (p. 798, cursiva mía); y «si quereis saber cómo se hace el cigarro que fumais, *yo os lo referire, tal cual lo he visto en mi patria, en la Coruña, habiendo tenido mil ocasiones de presenciarlo*» (f. 3, cursiva mía) viene a parar en «si quereis saber cómo se hace el cigarro que fumais, *id a esos vastos talleres que sostiene el Estado*, colmena inmensa donde las abejas son mujeres, y la miel y la cera puros y pitillos» (p. 798, cursiva mía). En el primer caso, al eliminar el modificador «en que cumple su ministerio», la fábrica aparece como hábitat natural de la cigarrera, que puede ser observada y sometida a análisis hasta explicar sus conductas y comportamientos; en el segundo, suprimidas las alusiones a la experiencia *entomológica* de la autora y a su lugar de origen, casi se propone, muy en el tono de la novela social e higienista, que el propio lector emprenda una investigación sobre los distintos tipos sociales y sus condicionamientos morales, económicos y fisiológicos.

En la versión impresa desaparecen todas las referencias a «mi patria», «La Coruña» (f. 3), en favor de otras que no atan el discurso a ninguna zona geográfica concreta. Y no deja de ser curioso que así sea, teniendo en cuenta que en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* aparecen, como dije más arriba, un cuadro titulado "La pontevedresa", firmado por Angela R. de B. y B. [*sic*], y el breve retrato costumbrista de «la pitillera sevillana» por Prudencia Zapatero de Angulo. Frente a las precisiones comarcales que hubieran sido oportunas y necesarias en un *Los gallegos pintados por sí mismos*, por ejemplo para ubicar el contraste entre las zonas rurales y las zonas urbanas en vías de industrialización, o para representar las diferencias de la costa con el interior y la montaña, del norte con el sur, al preparar su texto para *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* Pardo Bazán hace lo posible por ajustarse al propósito general que Sáez de Melgar anuncia en el prólogo:

> Y aquí está esplicada [*sic*] de nuevo la idea que nos hemos llevado en el plan de nuestra obra; porque no tratamos solamente de hacer el libro en que se presenten los tipos especiales de cada una de nuestras provincias, adornándoles con los pintorescos detalles á que cada una de ellas se presta; nuestro pensamiento es algo mas grande que todo eso y queremos hacer de nuestro libro una colección de páginas de enseñanza que, si no alcanzan por desdicha nuestra, á mejorar las

> condiciones de nuestro sexo, demuestren cuando menos la bondad de nuestro pensamiento. (Sáez de Melgar [1881]: IX)

El texto de "La cigarrera" se adapta a esa intencionalidad en el paso del manuscrito a la versión impresa, en parte con la supresión de algunos detalles de tipo costumbrista. Pero la adecuación del texto a la obra en que se inserta también se consigue introduciendo algunas variaciones en su referencialidad histórica y en el análisis de ese vicio de la excitación que, aun siendo cosa consustancial al ser humano, merece ser contemplado desde un punto de vista histórico —desde el punto de vista de un presente en que sustenta una próspera industria estatal y hace «subsistir á no pocas ni felices mujeres». El manuscrito alude más a «los vicios de nuestra época» (f. 1) que a las «muertas generaciones» (f. 1, tachado), expresión tal vez más marcada en el código cultural entonces hegemónico, y ajena a las connotaciones historicistas que pueden atribuírsele a la «época»; así no sólo se varía superficialmente la representación del ambiente social contemporáneo, sino que incluso se reemplaza la referencia a un pasado demasiado vago, regido por la temporalidad sucesiva de las generaciones, por expresiones que sugieren una mayor precisión o concreción. Son casi figuras de *evidentia* que, reafirmando en un deíctico o un posesivo la autonomía del presente respecto del pasado, contribuyen a centrar el discurso en la época contemporánea, dotándola de un sentido y un significado propios: al hablar de «nuestra época» o «nuestra edad» e identificar convencionalmente al hombre moderno con el hombre de las ciudades (f. 1), por contraposición con un gentilicio de sentido histórico como «los romanos», quedan claras las implicaciones del contraste.

Junto a las variantes puntuales deben situarse tanto las atinentes a la ordenación de las ideas y los argumentos, como las revisiones de secuencias y párrafos enteros: las variantes sintácticas funcionales se corresponden en su gran mayoría con las tendencias generales ya señaladas; pero las variantes supraoracionales, acumuladas en las últimas páginas del artículo, siguen una lógica propia, que las aproxima ya a las descripciones de *La Tribuna*. Esto salta a la vista en la caracterización tipológica de la cigarrera, que en *La Tribuna* y en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* se imbrica ya muy claramente con el ideologema de *la fraternidad del trabajo*: al llegar a la fábrica, en el capítulo VI, Amparo percibe al conjunto de las trabajadoras como una turbamulta en la que es imposible decir dónde empieza un individuo y dónde termina otro; el efecto está acentuado por el contraste entre los colores mortecinos y apagados del taller, incluidos

los uniformes y las caras de las cigarreras, y los vivos colores de las telas expuestas en los escaparates, que la seducen y obnubilan cuando deambula por las calles de Marineda. Aunque en un estudio más detallado habría que analizar la enunciación narrativa y la representación textual de las voces para ver el significado ideológico de ese episodio, bastará ahora con aducir un pequeño ejemplo:

> Entre las operarias alineadas a un lado y a otro, había sin duda algunos rostros juveniles y lindos; pero así como en una menestra se destaca la legumbre que más abunda, en tan enorme ensalada femenina no se distinguían al pronto sino greñas incultas, rostros arados por la vejez o curtidos por el trabajo, manos nudosas como ramas de árbol seco. (Pardo Bazán 1999 [1883]: 94)

Este pasaje remeda, en forma y en contenido, uno de los apuntes introducidos en la versión de *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, «no obstante, el oficio de liar cigarros no alcanza, como es natural, á embellecer á las feas, que, en toda asamblea femenina, se hallan en mayoría» (p. 802). Pero lo interesante del caso es que el revuelto conjunto de las trabajadoras empezará a cobrar definición cuando Amparo siente «ese orgullo y apego inexplicables que infunden la colectividad y la asociación» (Pardo Bazán 1999 [1883]: 94), y el primer síntoma de esa definición será precisamente la presencia de una madre y una hija que se dividen el trabajo, liando una y fajando la otra los *niños*, como se cuenta ya en la versión manuscrita. Así el tipo pintoresco de la cigarrera se proyecta sobre el ámbito privado de la familia y sobre la temporalidad sucesiva de las generaciones, de madres e hijas que participan juntas de esa misma atmósfera, y adquiere un significado histórico coherente con lo que Pardo Bazán llama, en el prólogo, «la moraleja» de su tercera novela; resulta interesante recordar ahora, para ponderar la distancia temporal que puede mediar entre ambos textos, aquellos apuntes que pretendían introducir en el manuscrito alguna referencia a las cigarreras viejas, y pensar en las dificultades que le plantearon a una escritora joven, que todavía estaba haciéndose con su oficio.

Criterios de edición

Mi prioridad ha sido presentar el manuscrito, inédito, en una edición lo más limpia y legible que he podido, preservando, en caso de duda, las lecturas más próxima a la versión impresa; las incidencias internas del manuscrito van reflejadas en el aparato crítico, ordenadas, en primer lugar, por el número de folio del manuscrito y, después, por la página y la línea correspondientes en

la paginación y la disposición de este artículo. Cuando plantea una alternativa no resuelta de dos formulaciones, opto por la redacción más afín a la versión de *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, y doy la otra en el aparato crítico. En la transcripción, pongo entre barras (\ /) el texto que, perteneciendo a la redacción definitiva del manuscrito, va insertado con una cuña encima o debajo de la línea corrida, y entre corchetes las letras o palabras que faltan en el texto, como ocurre en las primeras líneas del f. 6; en cambio, van consignados en el aparato crítico tanto los pasajes tachados como las palabras que pueden leerse por debajo de un sobrescrito, y algunas que, aun sin estar tachadas, no hacen sentido gramatical en la última redacción del manuscrito.

Para facilitar el cotejo de las dos versiones y apoyar la argumentación que precede, presento el texto en páginas enfrentadas, a la izquierda el manuscrito autógrafo e inédito que se conserva en el archivo de la Real Academia Galega, y a la derecha la versión que aparece en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, siguiendo el ejemplar que fue de Emilia Pardo Bazán y se conserva en la Biblioteca de la misma institución. En ninguno de los dos textos he modificado la ortografía ni los usos de puntuación, para reflejar con mayor fidelidad sus afinidades y discrepancias; para facilitar el cotejo, van divididos en bloques de contenido confrontados y compaginados: los párrafos de los textos originales, es decir los párrafos de redacción, van marcados en ambas versiones con una sangría de un centímetro en la primera línea, de modo que la presentación del texto no impida ni entorpezca su lectura seguida. En la versión impresa me he limitado a corregir alguna errata evidente, como «fábrica» por «fabrica» (p. 798) o «en gomar» por «engomar» manteniendo grafías que en la época eran vacilantes, como «expontánea» por «espontánea» (p. 801). Por último, subrayo en la transcripción lo que va subrayado en el manuscrito, y en la versión impresa reproduzo las cursivas del original.

Fábrica de Tabacos da Coruña. Arquivo Histórico Municipal da Coruña.

{F. 1} LA CIGARRERA

Que seria de la humanidad si no tuviese ciertos inofensivos vicios? \Los vicios de/ nuestra época se distinguen de los \de las/ demás por ser vicios principalmente cerebrales. La escitación que los romanos, por ejemplo, gustaban de ejercer sobre la oficina de la nutrición, el estómago, nuestra edad la prefiere sobre la oficina del pensamiento, el cerebro. Hay tres cosas que el hombre moderno, el hombre de las ciudades, prefiere, y que le costaria trabajo prescindir de ellas: y todas tres son excitantes directos del cerebro, avivadores de la vida intelectual, verdaderos venenos intelectuales, como les llama un escritor científico reciente: á saber: el café, el alcohol, el tabaco.

Si los higienistas y moralistas que quieren suprimir el uso del tabaco \logran al fin/ salirse con la suya, desaparecerá uno de los más curiosos y característicos tipos femeninos: la cigarrera.

Porque tiene el tabaco el privilegio de ser una de aquellas industrias que hacen subsistir á no pocas ni felices mujeres; y el cigarro que el hombre fuma, antes de llegar á sus labios, ha de pasar por infinitas manos femeniles.

¡Oh y cuan pocos son los recursos que la sociedad ofrece á la mujer! Cuan contados los ramos en que le es dado ejercer su actividad! Este del cigarro es uno de {f. 2} esos pocos; y comunica á las mujeres que en él se emplean algo de la actividad y de la excitación que comunica á los que lo fuman.

No es la cigarrera la tosca mujer del campo, con sus sentidos entorpecidos, su \mansa/ pasividad, su timidez brutal en ocasiones: es una mujer viva, impresionable, lista como la pólvora, de afinados nervios y rápida comprension.

En lo físico, también se distingue la cigarrera de la mujer de la campiña, y aun de la del pueblo que se dedica á otros oficios. El perenne encerramiento, la atmósfera de tabaco, la excitación lenta \y perpétua/ de las mucosas, la empalidecen; las largas horas que pasa sentada, y la comida extremadamente sobria y frugal, aligera su talle, comprime sus vísceras, y hace que sus movimientos sean prontos y airosos.

Al par la repetición de un mismo movimiento, el automatismo de la fabricacion, dan fuerza á sus músculos y hacen temible la presión de sus dedos de acero y la fuerza de su \recio/ brazo.

{P. 797} LA CIGARRERA.
Por Dª. Emilia Pardo Bazán

Los vicios predilectos de nuestra época se distinguen de los de otras por un carácter que pudiéramos llamar *cerebral*. Gustaban los romanos, por ejemplo, de excitar la oficina de la nutricion, el estómago; pero el hombre moderno prefiere la excitación que se dirige al cerebro, oficina de la inteligencia. Mal acertarian nuestros contemporáneos á prescindir de tres excitantes cerebrales directos, de tres verdaderos *venenos intelectuales*, segun les llama un reciente escritor científico, que absorbidos á pequeñas dósis entretienen sus ocios, despiertan su actividad, engañan sus penas: el café, el alcohol, el tabaco.

Si los higienistas y moralistas que proscriben y condenan el uso del tabaco logran salirse con la suya, desaparecerá uno de los mas curiosos tipos femeninos: la cigarrera.

Porque de la elaboración del tabaco viven millares de infelices mujeres, y este vicio del cigarro es de las pocas malas costumbres masculinas que no redundan en daño del sexo femenino.

¡Cuán escasos recursos {p. 798} brinda la sociedad a la mujer! ¡Cuán contados son los oficios á que puede dedicarse! El de cigarrera condiciona física y moralmente á las que lo ejercen.

No es la cigarrera la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprension, tímida al par que brutal; es al contrario una criatura lista como la pólvora, de afinados nervios y rápidas impresiones. El trato y roce contínuo con sus compañeras la hace sociable y comunicativa;

la atmósfera saturada de tabaco; las largas horas de trabajo sedentario, empalidecen su tez y aligeran su sangre; la comida frugal, llevada en un hatillo ó en un cazuelo roto, tragada á medio mascar y á escape, comprime sus vísceras, disminuye su grasa, y da esbeltez á su cuerpo; y el automatismo de la fabricacion,

la repeticion constante de ciertos movimientos, presta agilidad á sus dedos, vigor á sus músculos y fuerza á su brazo.

Seguidla sinó conmigo á la fábrica en que cumple su ministerio, y os persuadireis de que de un método de vida tan especial tiene que resultar una mujer especial tambien. Empieza la cigarrera a ejercer su oficio muy temprano: desde la edad en que pueden sus dedos manejar la labor.

{f. 3} A veces se ven, entre el mar de cabezas inclinadas sobre los bancos, una cabecita pequeña, cubierta de rizoso pelo negro ó rubio, una espalda encorvada, cansada, la punta de una nariz menuda, unos ojos tristes: es la cigarrera en estado de larva, comenzando á familiarizarse con el oscuro amigo y compañero de toda su vida.

Mas adelante se acostumbrará á aquella atmósfera densa, impregnada de emanaciones penetrantes de nicotina y no sabrá vivir sinó en ella.

Si quereis saber cómo \se/ hace el cigarro que fumais, yo os lo referiré, tal cual lo he visto en mi patria, en la Coruña, habiendo tenido mil ocasiones de presenciarlo.

La operación primera que ha de ejecutarse es la separación del tabaco y su desvenado. Viene el tabaco prensado en grandes panes, redondos, como piedras de molino, de Virginia, llamados maniguetas, ó en grandes sacos el filipino, sacos que son como serones, y cuyas cubiertas de tela vegetal tejida como cañamazo, se llaman miriñaques. Para desvenar se sientan en el suelo y van apartando cuidadosamente la hoja de la inútil vena, que antaño se quemaba, y hogaño se vende para que luego en Hamburgo se confeccionen detestables {f. 4} Tagarninas que fuman con el mayor placer los \flemáticos/ alemanes.

Y aquí cumple que yo haga una observación, siquiera sea impertinente: el amor á la justicia me mueve á declarar que el Estado español, acusado no sin justicia en otros puntos, en esto es completamente inocente: no solo aparta la vena, que en rigor pudiera utilizar sometiéndola á un picado prolijo, sino que no hace entrar en los cigarros que expende materia alguna extraña. El tabaco del estanco —digan lo que quieran vulgares oposicionistas— es el artículo en que entra menos adulteración.

Pues volviendo á nuestra cigarrera, despues de que ha desvenado, sube al taller donde confecciona el puro; ó donde prepara el pitillo y la cajetilla de picadura.

Para el tabaco picado no lo hace ella todo: entre el desvenado y la elaboración del picado media una operación, la de picar, que no ejecutan las mujeres: y

Observadla en la fábrica, y comprendereis que de un método de vida tan especial ha de resultar una mujer diversa en cierto modo de las restantes. Empieza la cigarrera su aprendizaje tan pronto como se lo permiten.

Entre el mar de cabezas inclinadas sobre las mesas de la labor suele divisarse alguna mas chica, cubierta de rubios bucles infantiles, alguna espalda angosta encorvada por el cansancio, la punta de una nariz menuda, una manecita flaca, inhábil aun; es la cigarrera en estado de larva, comenzando á familiarizarse con el oscuro amigo y socio de toda su vida; el tabaco.

Andando el tiempo, la niña se acostumbrará á aquella atmósfera densa, impregnada de penetrantes efluvios de nicotina, y no sabrá vivir en otra parte, y allí se estará hasta envejecer y morir, empapada y envuelta en la esencia del tabaco, como la momia en la capa de nafta que la barniza.

Si quereis saber de que manera se fabrica el cigarro que fumais, id á esos vastos talleres que sostiene el Estado, colmena inmensa donde las abejas son mujeres, y la miel y la cera puros y pitillos.

La operacion preliminar es la separacion del tabaco, y su *desvene*. Llega la hoja prensada, de Virginia, en grandes panes redondos como piedras de molino, llamados *maniguetas*; ó de Filipinas, en serones cubiertos de *miriñaques* de cañamazo vegetal. Clasificada ya la hoja, siéntanse en el suelo las desvenadoras, y van apartando cuidadosamente la inútil vena, que antaño se quemaba, y ogaño se vende á fin de que con ella confeccionen en Hamburgo infames tagarninas, fumables solo para los alemanes.

Y aqui cumple hacer una advertencia, siquier parezca impertinente: el Estado español, al cual tanto se acusa, tal vez con justicia en otros puntos, no es reo {p. 799} de las innumerables picardías que se le atribuyen respecto de la elaboracion del tabaco. No solo separa la vena, que en rigor podria utilizar sometiéndola á un picado prolijo, sino que digan lo que gusten los oposicionistas por sistema, fabrica lealmente tabacos de hoja pura, sin adulteracion ni mezcla de materias extrañas.

Volviendo á nuestra cigarrera, despues que ha desvenado, sube al taller donde se confecciona el puro, el pitillo ó la cajetilla de picadura.

En el tabaco picado no lo hace todo la mujer: la operacion de picar esta encomendada á varones,

vive Dios que á consentirlo las dimensiones de este artículo yo contaría cómo se hace esta operacion en la Coruña, que es muy curiosa y digna de referirse; pero no de este lugar.

\Para/ la elaboración de los puros instálase la cigarrera ante unas mesas largas, donde están varias mujeres sentadas unas frente {f. 5} á otras. Generalmente en una sala larga, donde están muchas bajo la vigilancia de las maestras.

Cada mujer tiene ante sí una especie de tajo de gruesa tabla, y los instrumentos del oficio: el cuchillo de hoja circular con una breve escotadura en donde otros tienen el filo; la tijera; la espátula de engomar; el tarrillo de la goma. Si lo que han de hacer son los cigarros comunes, de vulgar Virginia, los que cuestan á cuarto en el estanco y el hombre del campo pica con la uña para liar él mismo su cigarrillo, la fabricación es, aunque esmerada, sumaria y compendiosa.

Estira primero la cigarrera con la palma de la mano la hoja ancha que ha de formar la capa ó envoltura exterior; córtala en forma conveniente con el cuchillo; despues toma otra hoja menos buena y resistente que le sirve de envoltura interior, el capillo: la dermis y la epidermis del puro.

En el capillo lia como al descuido una porción adecuada de tripa, que es hoja más desmenuzada y fragmentaria; y despues con mayor esmero la envuelve en la capa, como á la momia egipcia la envuelven las tiras impregnadas de betun.

Luego viene la parte más dificil: la cabeza y la cola del nuevo sér. Para {f. 6} la punta ó cabeza se necesita mucha [des]treza y agilidad en los dedos: es preciso que [las] espirales de la capa terminen artística [y] delicadamente de mayor á menor; es preciso que la cabeza quede redondeada, acabando \ suavemente/ en aguda \y lustrosa/ punta. Para la cola es necesario un corte de tijera pronto y hábil: no han de quedar barbas ni sobras de especie alguna.

Tan cierto es que estas operaciones requieren destreza, que hay operarias que, o por torpeza, ó por temblarles ya las manos, ó por cortedad de vista, no pueden hacer sinó la liadura del cigarro: y estos cigarros así liados y sin rematar, que ellas llaman niños, necesitan para llegar á hombres que les rematen la cabeza y cola. He visto madres é hijas dividiéndose el trabajo: la madre fajaba el niño, la hija lo concluia.

Para el cigarro puro de Filipinas, de las Vueltas de Arriba y Abajo; para la fabricación de las aplanadas conchas, de los embalsamados vegueros, de las delicadas regalías, se ha menester mayor esmero y procedimientos especiales, que fuera largo contar, que giran sobre la misma vena.

y vive Dios que si lo consintiera la índole de este artículo, yo contaria como se verifica en la Coruña el picado, que es cosa que referirse merece: pero quédese para otro lugar.

Cuando llegan á envolver el puro, siéntanse las cigarreras á unas mesas largas, formando doble fila: entre mesa y mesa circulan, con grave continente y ojo avizor, las maestras.

Cada operaria tiene ante sí un tajo de gruesa tabla, y los instrumentos del oficio: los cuchillos de hoja circular con una breve escotadura donde suele estar el filo; la tijera, la espátula de engomar; el tarrillo de la goma. Si se trata de cigarros comunes de vulgar Virginia, de los que en el estanco cuestan á cuarto y el campesino pica con la uña para liar él mismo su *papelillo*, la fabricacion es, aunque diestra, compendiosa y sumaria.

Comienza la cigarrera por estirar con la palma de la mano la hoja ancha que constituye la *capa* ó envoltura exterior; córtala en forma conveniente con el cuchillo; toma despues otra hoja menos buena y entera para la envoltura interior ó *capillo*, ya existen la epidermis y la dermis del cigarro. En el capillo lia como al descuido la *tripa*, que es hoja mas rota é imperfecta aun, y encima enrolla con mayor primor la capa, describiendo una espiral.

Luego viene lo difícil, construir la cabeza y la cola del nuevo sér. Requiere la cabeza ó punta gran maña: es preciso que la espiral de la capa termine artísticamente, y sus volutas vayan de mayor á menor, hasta rematar en una punta fina, torneada, aguda y lustrosa: la cola exige un tijeretazo pronto y hábil; no han de quedar rebarbas ni desigualdades de ninguna especie en el corte.

Tan cierto es que ambas operaciones piden destreza, que hay cigarreras que, por temblarles el pulso, por cortedad de la vista ó por falta de soltura en los dedos, nunca pueden conseguir ejecutarlas, y dejan el cigarro á medio hacer, liado y sin concluir; á esas envolturas empezadas llaman *niños*; y he visto con suma frecuencia madres é hijas que se ayudaban en la labor: la madre fajaba el *niño*, la hija, con mano más hábil, le vestía la toga viril.

{p. 800} Para el cigarro puro de Filipinas, de la Habana, para las aplanadas conchas, los vegueros balsámicos y las deliciosas regalías, los procedimientos de elaboracion son en sustancia los mismos, pero mas detenidos y esmerados.

El pitillo y la cajetilla de picadura se fabrican con rapidez mucho mayores. Sobre todo la operación de llenar las cajetillas se verifica con prontitud vertiginosa. {f. 7} Compiten en celeridad las que fabrican las cajas con las que las llenan y cierran.

De las que los fabrican, hay alguna que en los largos dias de verano llega á hacer doce mil. Ahora bien, yo he observado que para construir uno de aquellos cajetines de papel de estraza grís se necesita ejecutar cuatro movimientos consecutivos; multiplicad doce mil por cuatro, y tendreis que la mujer ha ejecutado al cabo del dia la cantidad alarmante de cuarenta y ocho mil movimientos casi automáticos.

Las que llenan las cajas tienen adquirida ya tal destreza, que aunque las llenan a ojo de buen cubero, pesanlas después en finas balanzas y apénas discrepan las unas de las otras. Viven las que llenan la picadura en una atmósfera verdaderamente estornutatoria; la picadura que agitan con sus brazos para llenar las cajas, desprende impalpable polvillo, y el ambiente está saturado de aquellas finas partículas que se cuelan hasta las últimas casillas del cerebro.

Oh!, y bien pueden bullir las pobrecillas si han de sacar lo necesario para comer y para cubrir sus primeras necesidades. El Estado les paga á destajo, segun lo que trabajan, y si {f. 8} sus dedos ágiles se paran un momento cansados, si alzan la cabeza para tomar aliento, es lo mismo que si les dijesen á los chiquillos que quedaron en casa confiados al cuidado de una caritativa vecina:

Ea, hijitos míos, no comais porque yo quiero descansar.

En la fábrica de cigarros es en donde se verifica aquello de que el tiempo es oro, y donde los cada instantes, representa una monedilla más de cobre agregada al humilde peculio. La aptitud, la asiduidad, la destreza, establecen notables diferencias de condición entre las que trabajan sentadas ante una mesa misma. Las operarias listas ganan hasta 15 duros al mes, y las holgazanas tres apenas.

Es la distancia que separa el acomodo, el desahogo, de la pobreza, de la estrechez. Para que una mujer se lleve á su casa tres duros, ha tenido que abandonarla, que pasarse el dia entero fuera de ella; la criaturita recien nacida queda sin mamar, los mayores hacen de las suyas, no hay quien guise, quien lave ni quien encienda el fuego; algunas de las que ganan ese sueldo mezquino vienen de dos leguas de distancia, mojándose si llueve y asándose si hace sol; llegan á su casa rendidas de {f. 9} fatiga y sueño, y apenas tienen lugar sino para tender sus miembros cansados en el camastro.

El pitillo y la cajetilla de picadura se fabrican prontísimamente. Sobre todo, el envase de la picadura es obra de un instante: compiten en celeridad las que construyen los *faroles* con las que los llenan.

De aquellas hay alguna que en los largos dias de verano despacha doce mil, y es de notar que para construir cada *farol* ó cajetilla de estraza se necesitan cuatro movimientos consecutivos del brazo y de la mano: multiplicando los movimientos por el número de cajetillas, se comprende que cada cajetillera es una máquina viviente.

Las encargadas de llenar los *faroles* han adquirido ya tal tino práctico, que aunque las colman á ojo de buen cubero, pesados despues en finas balanzas, quizá no discrepen en un milígramo. Viven las cajetilleras en una atmósfera verdaderamente estornutatoria, agitando con los brazos de picadura, hundiéndolos en ella hasta el codo, rodeadas de una nube de impalpable polvo, de menudas partículas que se les cuelan hasta las últimas casillas del cerebro.

Bien puede darse prisa la activa cigarrera, si ha de ganar lo preciso para comer y cubrir sus más apremiantes necesidades. El Estado le paga su labor á destajo, segun lo que trabaja, y si sus manos prontas se detienen un momento, si alza la cabeza fatigada para respirar, es tanto como si dijese á los chiquillos que se quedaron en casa esperándola:

—¡Ea, hoy se ayuna, porque yo descanso!

Demuéstrase en la fábrica de cigarros aquello de que el tiempo es oro, y cada minuto representa una monedilla de cobre agregada al modesto peculio de las operarias. Pero la distinta aptitud, la mayor ó menor suma de habilidad establecen diferencias notables en la condicion de las que trabajan sentadas ante una misma mesa. Ganan las operarias listas hasta quince duros al mes: las holgazanas ó torpes, tres apénas.

Es la distancia que media entre la comodidad, casi la holgura, y la penuria y estrechez. Para que una mujer gane esos tres míseros duros, tiene que abandonar de madrugada su hogar, que pasarse el dia fuera de él; la criaturita recien nacida se quedó llorando; el fuego no se encendió, ni se lavó la ropa; y al volver a su techo, rendida de cansancio, después de andar quizá legua y media ó dos leguas, no fué lícito a la cigarrera tumbarse en el catre fementido ó en el mal jergon de hoja, sino que hubo de guisar la cena, de salir tal vez al rio, para poder mudarse camisa al dia siguiente.

No es milagro que una mujer que, en el riguroso sentido de la palabra, no tiene hogar, adolezca de defectos inherentes a su género de vida. La cigarrera es libre, viva, suelta de lengua y pronta de manos; se las ha visto insurreccionarse, encresparse como las olas del mar,

y amenazar rugientes al Gobierno \y no sin razon a veces/ porque retrasaba el pago de sus \bien ganados/ salarios.

Pero unas cuantas palabras oportunas, alguna frase benévola, la atención a sus reclamaciones, las calman al punto, y de irritadas tigres se vuelven corderas mansas.

Cosa extraña, o por mejor decir, bastante frecuente en el pueblo.

Esa mujer que todo cuanto gana lo gana ruda y trabajosamente, inclinada de la mañana a la noche sobre una labor incesante, aprecia poco el dinero, no le dá valor, y es singularmente caritativa. Preséntese una necesidad cualquiera, y vereis cuán blando es su corazón y cuan prontas sus manos en abrirse para dar. Y este rasgo es comun á todas: sea simpática comunicación, sea costumbre, sea bondad contagiosa, ello es que cuando se hacen cuestaciones en las fábricas, no hay ninguna cigarrera que rehuse su {f. 10} óbolo á la miseria que lo solicita.

Como ellas dicen, se lo sacan de la boca gustosas para darlo al necesitado. Otro pormenor: con el mismo gusto con que dan para limosnas, ábrese su bolsa para atender al culto de las imágenes veneradas, cuyos altarcitos se elevan en sus salas como protegiéndolas y velando por ellas. No le ha de faltar á la Virgen del Carmen, a San Antonio ni al Niño Dios su novenita ni su funcion con cera y cánticos.

Ahí es donde se lucen, es donde tienen su lujo las cigarreras, y en eso todas andan conformes, aun las de la cáscara amarga, echadas palante y que tienen sus ideas liberales tan avanzadas como el más pintado.

Porque este es otro rasgo típico de la cigarrera, que ayuda a diferenciarla de la mujer paisana ó de la que vive entre sus cuatro paredes entregada á las domésticas faenas.

La cigarrera tiene opiniones políticas: en su cabeza fermentan, especialmente desde la Revolución acá, una multitud de ideas cogidas aquí y allí, comunicadas eléctricamente de unas á otras, traidas quizá por las maestras

{p. 801} Este género de vida exteriorizada, por decirlo así; esta ausencia de la familia, hacen á la cigarrera mas atrevida y libre que las otras mujeres del pueblo. De suelta lengua, viva imaginacion y génio tempestuoso, la cigarrera suele amotinarse, y es temible la tormenta en el mar femenino de la fábrica, cuyas olas suben y se encrespan rugientes, estallando en gritos, en dicterios, en amenazas furiosas.

Mas hay que convenir en que no les falta razon cuando reclaman, en forma menos académica que expontánea, el pago de sus atrasados haberes. Si ellas no cuentan con otra cosa ¿qué han de hacer mas que protestar cuando el gobierno las pone á dieta?

Y no es ciertamente que sean avaras: al contrario. Lo que con tanta asiduidad granjea, lo da la cigarrera con régio garbo y esplendidez. Apénas trascurre semana en que no se hagan cuestaciones en las fábricas, para fines caritativos ó piadosos, y no hay operaria que cierre su exígua bolsa, ni rehuse su dádiva.

Dicen ellas que gustosas *se lo sacan de la boca*, por darlo á otro más pobre. Con no menor largueza atienden al culto de las veneradas imágenes cuyos altarcitos se alzan en las salas de la fábrica, á la Vírgen del Cármen y á la de los Dolores; á San Antonio de Padua y al Niño Dios no les ha de faltar su novenita ni su funcion solemne, con mucha cera y manifiesto.

¡Vaya! Para eso trabajan y sudan las cigarreras todo el año, y justo es que se permitan obsequiar a los númenes protectores de su humilde vida. Punto es el de la devocion en que todas andan conformes, desde la mas rígida maestra hasta la operaria mas inhábil; desde la mas timorata *hija de María* hasta la mas cruda republicana federal.

Porque la cigarrera, á diferencia de la mujer que vive entre las cuatro paredes de su casa,

suele tener sus opiniones políticas como el mas pintado, y en su cabeza fermenta la levadura democrática que abunda hoy en toda masa humana.
No profesa la cigarrera un cuerpo de doctrinas enlazadas y coherentes, pero

—que son más despejadas y suelen tener más pico y labia {f. 11} que las operarias. Pensará alguien que aquella masa inmensa de mujeres reunidas no tiene su cabeza para pensar, bien o mal, que esto no es del caso? Pues la tienen, sí señor, y se comunican sus impresiones y hacen su propaganda.

Esa comunicación de pensamiento, esa especie de confraternidad, es quizá una de las cosas que les hacen atractiva la labor á que se entregan.

Porque a pesar del escaso lucro y de la sujeción contínua que trae consigo la permanencia en la fábrica, hay infinitas pretendientes, y rara es la que despues de respirar aquella atmósfera, de probar aquella vida, quiere salir y dejar su estado por otro.

Allí se siente separada de su familia, es cierto, pero unida por misteriosos lazos sociales, por esa especie de solidaridad masculina de los clubs, de los círculos.

En cuanto á las gracias de la cigarrera, no hay duda de que las hay lindas, jóvenes y desgarradas. No las veais en un dia de trabajo, con sus sayas arrugadas, \ su pañuelo de algodón/[,] su moño hecho aprisa y su casaco flojo, para no impedir los movimientos del cuerpo: vedla en un dia de los de fiesta, en que echa una cana al aire y se pone enaguas bien planchadas y con una tercia de bordado, {f. 12} botas flamencas de caña clara, manton de ocho puntas,

\y cerca su cara el marco de/ seda azul ó rosa; ó ciñe su talle el pañuelo de crespon. Bah! Ese dia es la quintaesencia de la bizarría; ese dia la calle le es estrecha, y ese dia las viejas miran con envidia á las mozas, considerando que ellas tambien fueron lo mismo.

\Mal hacen las cigarreras en aspirar á cambios políticos./ Las instituciones de la humanidad cambian, sus vicios quedan. La cigarrera es estable: yo considero que mientras haya sol y hombres, habrá cigarros.

Emilia Pardo Bazán

conoce esas ideas que se transmiten por eléctrico modo en los talleres, en las asociaciones trabajadoras todas. El comerciante que maneja un capital es de suyo conservador é individualista: el jornalero, socialista y avanzado. Si á la condición de jornalero se une la de mujer, y mujer impresionable, resultará un republicanismo efervescente como la magnesia, pero en el fondo bastante inofensivo.

Quizás esa unidad de miras, nacida de la igualdad de necesidades; esa comun manera de sentir, esa fraternidad impuesta por el acaso que reune á tantas mujeres en un solo recinto, sea lo que atrae á las cigarreras y les hace amable su tarea y oficio.

A despecho del escaso lucro y contínua sujecion que impone la permanencia {p. 802} en la fábrica, innumerables son las aspirantes á cigarreras, y pocas ó ningunas las que despues de probar aquella vida se avienen á otra.

Siéntense apartadas de su familia, es cierto; pero ligadas por misteriosos lazos sociales, por la solidaridad pública de los clubs, de los círculos, de las hermandades obreras.

Fama tiene la cigarrera de hermosa, y en verdad que las hay lindas,

sobre todo cuando, despojándose de la librea del trabajo, el ancho casaquillo de bayeta, el pañuelo de cotonia,

visten sus atavíos del dia de fiesta, la enagua blanquísima con bordados de á tercia, la bata de claro percal, el manton de Manila ó de alfombra,

y rodea su cara el marco de seda del pañolito graciosamente colocado sobre los caracoles del cabello, en abultado moño recogido.

No obstante, el oficio de liar cigarros no alcanza, como es natural, á embellecer á las feas, que, en toda asamblea femenina, se hallan en mayoría. Gracias propias y peculiares del estado de cigarrera son, á pesar de todo, un desgaire manolesco, una soltura que, segun noté al principio, no suelen poseer ni la aldeana ni la ciudadana que á otras profesiones se dedica.

Mal hace la cigarrera en aspirar a cambios políticos: su papel social es estable: las instituciones de la humanidad pasan, pero sus vicios permanecen. Mientras haya sol que madure el tabaco y hombres que lo fumen, habrá cigarreras.

APARATO CRÍTICO DEL MS.

f. 1, 370.2, La cigarrera] *add, tachado,* Hay industrias que imprimen carácter al individuo que las ejerce // **f. 1, 370.2**, inofensivos vicios?] *add, tachado*, Nuestra generacion // **f. 1, 370.3**, nuestra época se] *add* se // **f. 1, 370.6**, Hay tres] *sobrescrito* a dos // **f. 1, 370.10**, escritor científico reciente] *da como alternativa* autor // **f. 1, 370.10**, el café] *add, tachado*, el tabaco // **f. 1, 370.11**, uso del tabaco] *add, tachado*, se // **f. 1, 370.15**, el hombre fuma] *add, tachada, una palabra ilegible* // **f. 2, 370.23**, viva, impresionable] *add, tachada, una palabra ilegible, acaso* empezada // **f. 2, 370.29**, frugal] *add, tachado*, la // **f. 2, 372.4**, desde la edad en] *sobrescrito a* de // **f. 3, 372.5**, entre el mar] *add, tachado*, las in // **f. 3, 372.11**, sinó en ella.] *add* Otras hay viejas // **f. 3, 372.12**, hace el] *sobrescrito* a su // **f. 3, 372.13-14**, mil ocasiones de presenciarlo] *add, tachado*, Otr // **f. 3, 372.18-19**, tela vegetal tejida como] *da como alternativa* hecha de, *pero tacha* de // **f. 4, 372.22-23**, los \flemáticos/ alemanes.] *add, tachado*, Desvenada ya la hoja // **f. 4, 372.28**, entrar en los] *sobrescrito a* sus // **f. 4, 372.32**, confecciona el] *sobrescrito a* la // **f. 4, 372.32**, puro; ó] *add, tachado*, al // **f. 4, 372.34**, el desvenado y] *add, tachado*, el picado envase // **f. 4, 374.2**, hace esta] *add, tachado*, elaboración // **f. 4, 374.4**, puros instálase] *add, tachada, una palabra ilegible* // **f. 5, 374.8**, cuchillo] *add, tachado*, en fig // **f. 5, 374.14**, estira primero la cigarrera con la] *add, tachado*, m // **f. 5, 374.18**, tripa, que es] *add, tachado*, tabaco // **ff. 5-6, 374.21**, sér. Para] *add, tachada, una palabra ilegible, acaso* hacer // **f. 6, 374.24**, redondeada] *add, tachada, una palabra ilegible* // **f. 6, 374.27**, destreza, que hay] *add, tachado*, mujeres // **f. 6, 374.34**, fabricación de las] *sobrescrito a* los *y add, tachado*, recios puros // **f. 7, 376.4**, llenan y cierran.] *add, tachado*, Las que los fabrican // **f. 7, 376.8**, movimientos consecutivos;] *add, tachado*, el de tomar // **f. 7, 376.11**, destreza, que] *add, tachado*, pesa // **f. 7, 376.14**, estornutatoria; la] *sobrescrito a* el // **f. 7, 376.19**, comer y para] *add, tachada, una palabra ilegible* // **f. 8, 376.26**, peculio.] *add, tachado*, Las // **f. 9, 378.15**, comun á todas:] *add, tachada, una palabra ilegible* // **f. 11, 380.5**, Esa comunicación] *sobrescrito a* Ese en // **f. 11, 380.13**, los círculos] *add, tachado*, y de las h // **f. 11, 380.18**, fiesta, en que] *add, tachado*, se // **f. 12, 380.21**, el marco de] *da como alternativa* pañuelo de // **f. 12, 380.23**, dia las] *add, tachado*, mozas.

BIBLIOGRAFÍA

Bieder, Mariellen (1992): "Emilia Pardo Bazán y las literatas: las escritoras españolas del XIX y su literatura", en Antonio Vilanova, ed., *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Barcelona, 21-26 de agosto de 1989)*, vol. II/4, Barcelona, PPU, pp. 1203-1212.

_____, (1993): "Emilia Pardo Bazán and Literary Women: Women Reading Women's Writing in Late 19th-Century Spain", *Revista Hispánica Moderna* XLVI, pp. 19-33.

_____, (1995): "Gender and Language: The Womanly Woman and Manly Writing", en Lou Charnon-Deutsch y Jo Labanyi, eds., pp. 98-119.

Charnon-Deutsch, Lou y Jo Labanyi, eds. (1995): *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Oxford, The Clarendon Press.

Clemessy, Nelly (1972): *Les contes d'Emilia Pardo Bazán (Essai de classification)*, Paris, Centre d'Études Hispaniques.

Durán, José Antonio (2004): *Historia e lenda dos Muruais: do folletín posromántico ó andel modernista*, Pontevedra-Santiago-Rianxo, Deputación Provincial de Pontevedra-Xunta de Galicia-Taller de Ediciós J. A. Durán.

Freire López, Ana María (2004): "Las leyendas que nunca escribió Emilia Pardo Bazán (un desconocido proyecto de juventud", en Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso (eds.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (New York, 16-21 de julio de 2001)*, tomo III/4, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, pp. 209-219.

Mayoral, Marina (1989): "Cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a Narcís Oller", en C. Argente del Castillo *et al.* (eds.), *Homenaje al profesor Antonio Gallego Morell*, tomo II/3, Granada, Universidad de Granada, 1989, pp. 389-410.

Pardo Bazán, Emilia (s.f.): "La cigarrera". Fondo Familia Pardo Bazán. Fondo Emilia Pardo Bazán.

_____, [1882]: "La cigarrera", en Faustina Sáez de Melgar, ed., pp. 797-802.

_____, (1990): *Cuentos completos*, ed. Juan Paredes Núñez, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.

_____, (1999 [1886]): *Apuntes autobiográficos*, en *Los Pazos de Ulloa*, en *Obras completas II (Novelas)*, ed. José Manuel González Herrán y Darío Villanueva, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, pp. 5-59.

_____, (1999 [1883]): *La Tribuna*, ed. Benito Varela Jácome, Madrid, Cátedra, 11ª ed.

Polín, Ricardo, ed. (1996). *A muller tradicional*, Vigo, Xerais-Caixanova.

Sáez de Melgar, Faustina, ed. [1882]: *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales: sus costumbres, su educación, su carácter; influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país a que pertenece. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americano-lusitanas, bajo la dirección de Faustina Sáez de Melgar; e ilustrada con multitud de magníficas láminas dibujadas por D. Eusebio Planas*, Barcelona, Tipografía de Juan Pons [Biblioteca Hispano Americana].

Scanlon, Geraldine M. (1995): "Gender and Journalism: Emilia Pardo Bazán's Nuevo Teatro Crítico", en Lou Charnon-Deutsch y Jo Labanyi, eds., pp. 230-249.

Voloshinov, Valentin N. (1992 [1929]): *El marxismo y la filosofía del lenguaje (Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje)*, trad. Tatiana Bubnova, Madrid, Alianza Editorial, 1992.